

mer lugar la minuciosa limpieza de su persona como un lujo mayor aún.)

CÉSAR.—Buenos días, muchachos.

TODOS.—Buenos días, mi general.

ESTRELLA.—¿Cómo se siente el señor gobernador?

CÉSAR.—¿Para qué anticipar las cosas, Estrella? Nada pierde uno con esperar.

GUZMÁN.—Eso es pan comido, señor.

ESTRELLA.—Vea usted este telegrama del señor Presidente, mi general, por si le quedan dudas.

CÉSAR.—(Después de pasar la vista por el telegrama.) Ninguna duda, Estrella. No puede haberla donde sabe uno que las cosas simplemente son o no son. (Deja el sombrero sobre el escritorio y aparta los telegramas con una mano, sin fijarse mucho en ellos.) Lo bueno de la carrera del político... ¿No hay telegrama del profesor Bolton?

ESTRELLA.—Envía su felicitación, mi general; pero no puede venir. Ofrece estar presente en la toma de posesión.

CÉSAR.—(Sencillamente.) Me hubiera gustado verlo aquí hoy. (Pasea de un extremo a otro, lentamente.) Lo bueno de la carrera del político es que lo pone a uno en contacto con las raíces de las cosas, con los hechos, con la acción. La política es una especie de filología de la vida que lo concatena todo. Pero lo que yo prefiero es este vivir frente a frente con el tiempo, sin escapatoria..., este ir de la mano con el tiempo sin perder ya un segundo de él. (Se detiene, levanta el cartel y lo mira. Luego busca dónde colgarlo, mientras sigue hablando. GUZMÁN y SALINAS se precipitan, toman el cartel y lo prenden sobre uno de los arcos. CÉSAR, mirándose en su imagen, continúa.) Va uno al fondo de las pasiones humanas sin perder el tiempo, y conoce uno el precio de todo a primera vista..., y lo paga uno. La política lo relaciona a uno con todas las cosas originales, con todos los sistemas del movimiento, empezando por el de las estrellas. Se sabe la causa y el objeto de todo; pero se sabe a la vez que no puede uno revelarlos. Se conoce el precio del hombre. Y así, el gran político viene a ser el latido, el corazón de las cosas.

ESTRELLA.—(Que es el único que ha entendido un

poco.) La política es superior a todo lo demás, en efecto, mi general. Es un ejercicio de todo el cuerpo y de todo el espíritu.

CÉSAR.—(Dejando pasar la interrupción.) El político es el eje de la rueda; cuando se rompe o se corrompe, la rueda, que es el pueblo, se hace pedazos; él separa todo lo que no serviría junto, liga todo lo que no podría existir separado. Al principio, este movimiento del pueblo que gira en torno a uno produce una sensación de vacío y de muerte; después descubre uno su función en ese movimiento, el ritmo de la rueda que no serviría sin eje, sin uno. Y se siente la única paz del poder, que es moverse y hacer mover a los demás a tiempo con el tiempo. ¿Es parecido a mí este retrato?

GUZMÁN.—Ya lo creo que es parecido. El otro día, viendo un cartel, me decía uno de los viejos del pueblo, que lo conoció a usted cuando empezaba en la Revolución: «César no cambia; está igual que cuando le barrieron a la gente en Hidalgo, hace treinta años.»

ESTRELLA.—El heroísmo es una especie de juventud eterna, mi general.

CÉSAR.—Es verdad. Este retrato se parece más al César Rubio de principios de la Revolución que a mí. Y, sin embargo, soy yo. (Sonríe.) Es curioso. ¿Quién lo hizo?

SALINAS.—Un grabador viejo de aquí, del pueblo.

CÉSAR.—Un pueblo entiende muchas cosas. (Sonríe, piensa un momento y abre la boca como si fuera a decir algo más sobre esto. Se reprime, se pone las manos a la espalda y da algunos pasos al frente.) ¿Corrigió usted su discurso, Estrella?

ESTRELLA.—Está listo, mi general.

CÉSAR.—¿En la forma que habíamos convenido..., acerca de mi resurrección?

ESTRELLA.—Sí, mi general. (Declama.) «Solo los pueblos nobles que han sufrido pueden esperar acontecimientos así de...»

CÉSAR.—(Interrumpiéndole.) Permítamelo. (ESTRELLA se lo tiende.) ¿Hay gente afuera?

GUZMÁN.—Veinte o treinta.

CÉSAR.—Diles que me vean en el plebiscito, Salinas.

(SALINAS sale. Mientras, lee y pasea. Termina de leer y devuelve su discurso a ESTRELLA.) Muy bien, licenciado. (Ojeada a su reloj de bolsillo.)

ESTRELLA.—Gracias, mi general.

SALINAS.—(Volviendo.) Señor, creo que ya es hora de irnos.

CÉSAR.—¿Se fue la gente?

SALINAS.—No; todos quieren escoltarlo a usted hasta el pueblo. (CÉSAR sonríe.) Los carros están ya listos.

CÉSAR.—Ya nos vamos. Nada más voy a despedirme de mi esposa. (Se dirige hacia la puerta izquierda. En ese momento entra TREVIÑO, sin aliento.)

TREVIÑO.—Mi general...

CÉSAR.—(Casi en la puerta, se vuelve.) ¿Qué pasó? (Los otros se agrupan.)

TREVIÑO.—Mi general, ahí viene Navarro. Viene a verlo a usted.

CÉSAR.—(Un paso adelante.) ¿Navarro?

GUZMÁN.—¡Es el colmo del descaró! ¿Que quiere aquí?

ESTRELLA.—Me lo figuro. Ha de venir a buscar una compeñada, porque el presidente del partido lo mandó regañar.

SALINAS.—No me fío.

GUZMÁN.—¿Qué hacemos, mi general?

CÉSAR.—Déjenlo venir. Yo voy a despedirme de mi esposa. Que me espere aquí.

TREVIÑO.—Pero, probablemente, quiere una entrevista privada.

CÉSAR.—(Con una sonrisa.) Seguramente.

ESTRELLA.—¿Se la concederá usted?

CÉSAR.—¿Por qué no?

SALINAS.—Mi general, por favor... (Saca su pistola y se la ofrece.)

CÉSAR.—(Riendo.) No, hombre. Así me daría miedo.

SALINAS.—(Suplicante.) Mi general...

CÉSAR.—(Dándole una palmada.) Guárdate eso. No seas tonto, hijo.

GUZMÁN.—No le hace, mi general; nosotros estamos armados.

CÉSAR.—(Severamente.) Mucho cuidado, Epigmenio.

Navarro viene aquí como parlamentario. No vayan a hacer ninguna tontería. Trátelo con discreción, con buenos modos, igual que a los que vengan con él. (Gestos de descontento.) Quiero que se me obedezca, ¿entendido? (Regresa hacia el escritorio para tomar su sombrero.)

GUZMÁN.—Está bueno, pues, mi general. (CÉSAR sale por la izquierda.)

ESTRELLA.—(Sonriendo y alzando los brazos.) Esos son los pantalones, señores.

GUZMÁN.—Es igual. Ojalá que se me disparara sola esta (Señala su pistola.) cuando esté aquí Navarro...

SALINAS.—¿Con quién viene, tú?

TREVIÑO.—No puedo ver bien; pero creo que con Salas y León.

GUZMÁN.—Sus pistoleros, seguro. Se me hace que aquí va a pasar algo.

ESTRELLA.—Nada. Apuesto cualquier cosa a que viene a decir que se retira del plebiscito y que quiere una chamba.

SALINAS.—(Riendo.) ¡Muy fácil! Usted todavía no conoce bien a los norteños, licenciado. (Va hacia la puerta.)

ESTRELLA.—Eso le daría mejor resultado; podría enderezarlo con el partido.

GUZMÁN.—Pues no hay más que abrir bien los ojos.

SALINAS.—(Desde la puerta.) Allá están. (Entra. Sin decir palabra, GUZMÁN, TREVIÑO y SALINAS revisan sus pistolas; se cercioran de que salen con facilidad del cinturón, y esperan alineados, mirando a la puerta.)

ESTRELLA.—(Mientras habla se desliza insensiblemente detrás de ellos.) Todo eso son precauciones inútiles, señores. Además, se ponen ustedes en plan de ataque, a pesar de las órdenes del general.

GUZMÁN.—(Apretando los dientes. Sin volverse.) ¿Qué sabemos cómo vienen estos...?

SALINAS.—(Sin volverse.) Es no más por las dudas.

TREVIÑO.—(Mismo juego.) A ver si no pasa aquí lo que no ha pasado en tanto tiempo.

GUZMÁN.—(Sin volverse. Con una risita.) Yo siempre le he tenido ganas a Navarro.

ESTRELLA.—(Cerciorándose de que está bien protegido, mientras mira con inquietud hacia la puerta.) ¡Prudencia! Hay que cumplir las órdenes del general, señores... (Todos están mirando a la puerta con una intensidad que, después de un momento, afloja. TREVIÑO es el primero que se sienta, sin hablar.)

GUZMÁN.—(Enjugándose la frente y dirigiéndose hacia el sofá.) ¡Bah! Que lleguen cuando gusten.

SALINAS.—(Torciendo un cigarro y abandonando su guardia.) Qué pronto se cansan ustedes.

ESTRELLA.—(Volviendo al escritorio.) En realidad, es mejor así. (En este momento, como si hubiera estado esperando esta nueva actitud, entra NAVARRO, flanqueado por sus dos pistoleros. Es el DESCONOCIDO del segundo acto.)

NAVARRO.—¿Qué hay, muchachos? (Sobresalto general. Todos se levantan y agrupan.) No se espanten, hombre. (Cruza el centro.) ¿Dónde está el maestrillo ese? (Riendo.) No me esperaban, ¿eh?

ESTRELLA.—(Un poco tembloroso, pero impecable.) El señor general Rubio está enterado de la visita de usted y le ruega que tenga la bondad de esperar. (Los hombres de NAVARRO se burlan un poco de esta fórmula.)

NAVARRO.—(Mordiéndose los labios.) ¡Ah, vaya! (Se vuelve hacia sus pistoleros.) Pues haremos antesala, muchachos. ¿Qué les parece?

SALAS.—Como en la Presidencia, jefe. (Rie.)

LEÓN.—(Con un movimiento amenazador.) Lo que es nosotros, no lo haremos esperar a él.

GUZMÁN.—(Adelantando un paso hacia él.) ¿Con qué sentido lo dices?

LEÓN.—(Imitándolo.) Con el que tú quieras, Epigmenio. Con este. (Hace ademán de desenfundar.)

ESTRELLA.—¡Señores! ¡Señores!

NAVARRO.—¡Quieto, León! (EPIGMENIO GUZMÁN y LEÓN retroceden hacia ángulos opuestos, mirándose con ferocidad de matones. A ESTRELLA.) Usted es el representante del partido, ¿no? Dígale a Rubio que quiero hablarle a solas.

ESTRELLA.—El señor general Rubio sabe que quiere usted hablarle a solas. Así será.

NAVARRO.—(Mordiéndose los labios.) No puede negar que es maestro; lo sabe todo. ¿Entonces qué esperan ustedes para salir?

SALINAS.—Si crees que vamos a dejar aquí solos con él a tres matones con pistolas...

NAVARRO.—(Amenazador.) Mira, Salinas... (Transición. Rie.) Yo no vengo armado. (Abre ligeramente su saco para probarlo.)

GUZMÁN.—Pero estos sí.

NAVARRO.—Salas, dale tu pistola a León.

SALAS.—Pero, oye...

NAVARRO.—(Con mando brutal.) Dale tu pistola a León. (SALAS lo obedece a regañadientes.) León, espéranos en el coche. Salas se reunirá contigo dentro de un momento y me esperarán juntos. (LEÓN sale después de mirar hacia los otros y escupir.) Ahora, güeritos, lárguense ustedes también. (Los otros dudan.)

ESTRELLA.—Son las órdenes del general, señores.

GUZMÁN.—(A TREVIÑO.) Vente..., vamos a cuidarle las manos al León de circo ese.

SALINAS.—El general dijo que lo esperara Navarro «solo».

ESTRELLA.—Yo voy a subir; bajaré con el general. No hay cuidado.

NAVARRO.—Me gusta la conversacion. Salas se queda conmigo hasta que baje el maestrillo. (GUZMÁN y TREVIÑO salen. SALINAS los imita moviendo la cabeza. Todavía en la puerta derecha se vuelve con desconfianza. ESTRELLA sale por la izquierda. Se le oye subir la escalera. En voz alta.) ¡Qué miedo tienen estos! Te aseguro que nos van a espiar.

SALAS.—También yo no sé para qué quieres hablar con Rubio.

NAVARRO.—Dicen que es muy buen conversador. (Rie.) Dame un cigarro de papel, ¿tienes? (SALAS se acerca a dárselo.) Lumbre. (SALAS enciende un cerillo y se acerca más para encender el cigarro. De este modo quedan los dos en primer término centro, casi fuera del arco del proscenio.) ¿Está todo arreglado?

SALAS.—Todo, jefe (SALINAS asoma brevemente la cabeza. NAVARRO lo ve, ríe; SALINAS desaparece.)

NAVARRO.—Ya sabes, entonces: si no hay arreglo, te vas volando en el carro chico y preparas el numerito.

SALAS.—¿Cómo voy a saber?

NAVARRO.—(Después de una pausa. *rie.*) Yo no puedo salir a hacerte la seña; pero como las gentes de este van a estar pendientes, me arreglaré para que entre Salinas. Cuando lo veas entrar, vuelas.

SALAS.—Bueno.

NAVARRO.—Nada más que háganlo todo bien. Apenas suceda la cosa, deshagan a balazos al loco ese. Recuerda bien lo del crucifijo y los escapularios.

SALAS.—Eso ya está listo. Entonces, Salinas es la señal.

NAVARRO.—Sí; cuando entre. Si no entra, me esperas con León.

SALAS.—Bueno.

NAVARRO.—Vete ya. (*Ríe.*) No vayan a creer que estamos conspirando. (SALAS sale por la derecha. NAVARRO dirige una mirada circular a la pieza y una sonrisa burlona aparece en sus labios cuando mira el cartel. Se acerca a él sonriendo, se detiene, alza la mano y da un papirotazo al retrato. Se oyen pasos en la escalera. NAVARRO se vuelve y aguarda. Un momento después aparecen CÉSAR RUBIO y ESTRELLA por la izquierda. Los dos antagonistas se encuentran al centro, frente a frente. Se miden con burla silenciosa. CÉSAR es el primero que habla.)

CÉSAR.—¿Qué hay, Navarro?

NAVARRO.—¿Qué hay, César?

CÉSAR.—Déjenos solos, licenciado. Nos vamos dentro de unos minutos. (NAVARRO ríe entre dientes. ESTRELLA sale después de verlos. Cuando quedan solos, habla CÉSAR.) ¿No te sientas?

NAVARRO.—¿Por qué no? (Se dirige al sofá de tulle. CÉSAR lo sigue. Se sientan.)

CÉSAR.—¿De qué se trata, pues?

NAVARRO.—Perdóname; no me deja hablar la risa.

CÉSAR.—(Altivamente.) ¿Cómo?

NAVARRO.—Te viene grande la figura de César Rubio,

hombre. No sé cómo has tenido el descaro..., el valor de meterte en esta farsa.

CÉSAR.—¿Qué quieres decir?

NAVARRO.—Te llamas César y te apellidas Rubio, pero eso es todo lo que tienes del general. No te acuerdas de que te conocí desde niño.

CÉSAR.—Hasta los viejos del pueblo me han reconocido.

NAVARRO.—Claro. Se acuerdan de tu cara, y cuando tienen que nombrarte no tienen más remedio que decir César Rubio. ¡Bah! Ahorremos palabras. A mí no me engañas.

CÉSAR.—(Con desprecio.) ¿Es eso todo lo que tienes que decirme?

NAVARRO.—También quiero decirte que no seas tonto, que te retires de esto. (CÉSAR no contesta.) Te puedes arrepentir muy tarde. (Silencio de CÉSAR.) Tú no conoces la política, César. Esto no es la Universidad de México. Aquí rompemos algo más que vidrios y quemamos algo más que cohetes.

CÉSAR.—¿Qué te propones?

NAVARRO.—Te voy a denunciar en los plebiscitos. Cuando vean que no eres más que un farsante, que estás copiando los gestos de un muerto...

CÉSAR.—¡Imbécil! No puedes luchar contra una creencia general. Para todo el Norte soy César Rubio. Mira ese retrato, por ejemplo: se parece a mí y se parece al otro; fíjate bien. ¿No recuerdas?

NAVARRO.—Te denunciaré de todas maneras.

CÉSAR.—¿Por qué no te atreves a mirar el retrato? Anda y denúnciame. Anda y cuéntale al indio que la Virgen de Guadalupe es una invención de la política española. Verás qué te dice. Soy el único César Rubio porque la gente lo quiere, lo cree así.

NAVARRO.—Eres un impostor barato. Se te ha ocurrido lo más absurdo. Aquí podías presumir de sabio sin que nadie te topara el gallo, ¡y te pones a presumir de general!

CÉSAR.—Igual que tú.

NAVARRO.—¿Qué dices?

CÉSAR.—Digo: igual que tú. Eres tan poco general como yo o como cualquiera. (MIGUEL entra apenas en este momento sin que se le haya sentido bajar. Al oír las voces se detiene, retrocede y desaparece sin ser visto, pero desde este momento asomará incidentalmente la cabeza varias veces.) ¿De dónde eres general tú? César Rubio te hizo teniente porque sabías robar caballos; pero eso solo. El viejo caudillo, ya sabes cuál, te hizo divisionario porque ayudaste a matar a todos los católicos que aprehendían. No solo eso...; le conseguiste mujeres. Esa es tu hoja de servicios.

NAVARRO.—(Pálido de rabia.) Te estás metiendo con cosas que...

CÉSAR.—¿No es cierto? Todas las noches te tomabas una botella entera de coñac para poder matar personalmente a los detenidos en la inspección. Y si nada más hubiera sido coñac...

NAVARRO.—¡Ten cuidado!

CÉSAR.—¿De qué? Puede que yo no sea el gran César Rubio. Pero ¿quién eres tú? ¿Quién es cada uno en México? Dondequiera encuentras impostores, impersonadores, simuladores; asesinos disfrazados de héroes, burgueses disfrazados de líderes, ladrones disfrazados de diputados, ministros disfrazados de sabios, caciques disfrazados de demócratas, charlatanes disfrazados de licenciados, demagogos disfrazados de hombres. ¿Quién les pide cuentas? Todos son unos gesticuladores hipócritas.

NAVARRO.—Ninguno ha robado, como tú, la personalidad de otro.

CÉSAR.—¿No? Todos usan ideas que no son tuyas; todos son como las botellas que se usan en el teatro: con etiqueta de coñac y rellenas de limonada; otros son rábanos y guayabas; un color por fuera y otro por dentro. Es una cosa del país. Está en toda la historia, que tú no conoces. Pero tú, mírate tú. Has conocido de cerca a los caudillos de todos los partidos porque los has servido a todos por la misma razón. Los más puros de entre ellos han necesitado siempre de tus manos para cometer sus crímenes, de tu conciencia para recoger sus remordimien-

tos, como un basurero. En vez de aplastarte con el pie, te han dado honores y dinero porque conocías sus secretos y ejecutabas sus bajezas.

NAVARRO.—(Con furia.) No se trata de mí, sino de ti, un maestrillo mediocre, un fracasado que nada pudo hacer por sí mismo..., ni siquiera matar, y que solo puede vivir tomando la figura de un muerto. Ese es un gesto superior a todos. De ti, a quien voy a denunciar y a poner en ridículo aunque sea el último acto de mi vida. ¡Estás a tiempo de retroceder, César! Hazlo; déjame el campo libre; no me provoques.

CÉSAR.—¿Y quién eres tú para que yo te tema? No soy César Rubio. (La cara angustiada de MIGUEL aparece un momento.) Pero sé que puedo serlo, hacer lo que él quería. Sé que puedo hacer bien a mi país impidiendo que lo gobiernen los ladrones y los asesinos como tú..., que tengo en un solo día más ideas de gobierno que tú en toda tu vida. Tú y los tuyos están probados ya y no sirven..., están podridos; no sirven para nada más que fomentar la vergüenza y la hipocresía de México. No creas que me das miedo. Empecé mintiendo, pero me he vuelto verdadero sin saber cómo, y ahora soy cierto. Ahora conozco mi destino: sé que debo completar el destino de César Rubio.

NAVARRO.—(Levantándose.) Allá tú; pero no te quejes luego, porque hoy todo el pueblo, todo el Estado, todo el país, van a saber quién eres.

CÉSAR.—(Levantándose.) Denúnciame, eso es. No podrías escoger un camino más seguro para destruirte tú solo.

NAVARRO.—¿Qué quieres decir?

CÉSAR.—Te interesa, ¿eh? Dime una cosa: ¿cómo vas a probar que yo no soy el general César Rubio? (MIGUEL asoma y oculta la cabeza entre las manos.)

NAVARRO.—Ya lo verás.

CÉSAR.—Me interesa demasiado para esperar. A mi vez, debo advertirte de paso que nadie creará palabra de lo que tú digas. Estás demasiado tarado, te odian demasiado. ¿Cómo vas a probar que César Rubio murió en mil novecientos catorce?

NAVARRO.—De modo irrefutable.

CÉSAR.—Es lo que yo creía. Puedes irte y probarlo; es posible que acabes conmigo; pero acabarás contigo también.

NAVARRO.—Explicate.

CÉSAR.—¿Para qué? ¿No estás tan seguro de ti...?

NAVARRO.—Estoy tan seguro, que sé que te destruiré hoy.

CÉSAR.—¿Sí? (*Toma aliento.*) ¿Dices que vas a probar de modo irrefutable la muerte de César Rubio?

NAVARRO.—Sí.

CÉSAR.—(*Sentándose.*) Si supieras historia, sabrías que es difícil eso.

NAVARRO.—Lo probaré.

CÉSAR.—Solo podrías hacerlo si hubieras sido testigo presencial de ella.

NAVARRO.—Lo fui.

CÉSAR.—¿Por qué no lo salvaste, entonces?

NAVARRO.—No fue posible...; eran demasiados contra nosotros.

CÉSAR.—Ese fue el parte oficial que inventaron. Mientes.

NAVARRO.—En la balacera...

CÉSAR.—No hubo balacera.

NAVARRO.—¿Qué?

CÉSAR.—No hubo más que un asesino. Fue la primera vez en su carrera que se tomó una botella de coñac para que no le temblara el pulso.

NAVARRO.—¡No es verdad! ¡No es verdad!

CÉSAR.—¿Por qué niegas antes de que yo lo diga?

NAVARRO.—(*Tembloroso.*) No he negado.

CÉSAR.—Te tranquilizaste demasiado pronto cuando me viste, el día que vino todo el pueblo. Hace cuatro semanas. Pero cuando yo salía, parecía que ibas a desmayarte. Habías tenido dudas, remordimientos, miedo...

NAVARRO.—¿Yo? ¿Por qué había de...? Eres un imbécil. No sabes lo que dices.

CÉSAR.—(*Levantándose con una terrible grandeza.*) Tú dejaste ciego de un tiro al asistente Canales. ¿Lo recuerdas?

NAVARRO.—¡Mentira!

CÉSAR.—Tú mataste al capitán Solís, a quien siempre enviaste, porque César Rubio lo prefería.

NAVARRO.—¡Te digo que mientes!

CÉSAR.—(*Imponente.*) ¡Tú mataste a César Rubio!

NAVARRO.—¡No!

CÉSAR.—Hubieras debido matar a Canales o cortarle la lengua. Está vivo y yo sé dónde está. Por este crimen te hicieron coronel.

NAVARRO.—¡Es una calumnia estúpida. Si tan seguro estás de eso, ¿por qué no se lo contaste a tu gringo?

CÉSAR.—Porque creía yo entonces que iba a necesitarte. No te necesito. Ve y denúnciame. Yo daré las pruebas, todas las pruebas de que dices la verdad..., no puedo hacer más por un antiguo amigo. (*NAVARRO se deja caer abatido en un sillón. CÉSAR lo mira y continúa.*) ¿Te creías muy fuerte? ¿Qué dijiste? Dijiste: este maestrillo de escuela es un pobre diablo que quiere mordida. Le daré un susto primero y un hueso después. Porque no lo niegues, me lo ha dicho quien lo sabe: venías a ofrecerme la universidad regional. Yo siento no poder ofrecértela a ti, que no sabes ni escribir ni sumar. Ahora vamos a los plebiscitos, pase lo que pase.

NAVARRO.—(*Reaccionando.*) Bueno; si tú me denuncias, te pierdes igualmente.

CÉSAR.—Así no me importa. Pero tú callarás. Mi crimen es demasiado modesto junto al tuyo, y soy generoso. Te doy veinticuatro horas para que te vayas del país, ¿entiendes? Tienes dinero suficiente: has robado bastante.

NAVARRO.—No me iré. Prefiero...

CÉSAR.—Si no lo haces, probaré que me asesinaste y probaré también que me salvé. Puedo hacerlo; no creas que no he pensado en esta entrevista, en esta contingencia. Te he esperado todos los días desde hace una semana, y he tomado mis precauciones. (*Mira su reloj.*) Es hora de ir a los plebiscitos.

NAVARRO.—(*Después de una pausa torturada.*) Como quieras..., pero te advierto lealmente que yo también he